

FILMS de AMOR

BAILANDO A CIEGAS



Num.
297

Clms.
25

Mirian Hopkins - Jack Oakie

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 297

DANCERS IN THE DARK
1932

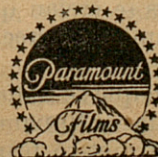
BAILANDO A CIEGAS

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por

MIRIAM HOPKINS

Narración de HARRY BALTMORE

Producción
de la invicta
marca



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

REPARTO

Gloria	MIRIAM HOPKINS
Duke	Jack Oakie
Floyd	William Collier
Luis	George Raft

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Maria Anne Comay

do

PRIMERA PARTE

En uno de esos populares establecimientos de bailes, donde cada cliente tiene el derecho de bailar con la que más le guste, mediante la compra de unos tikets, varias muchachas se sometían dócilmente al suplicio de aquel baile continuo, soportando con resignación las mil inconveniencias de los parroquianos, muchos de los cuales se creían que el precio del tiket les daba también derecho a abusar de aquellas pobres infelices.

El ambiente de que se hallaban rodeadas y la falsa alegría que continuamente tenían que demostrar era un motivo principal para que los hombres olvidasen con demasiada frecuencia el respeto que se merece al sexo contrario y las infelices tuvieran que defenderse de la lujuria de ellos a verdaderos zarpazos.

Pero entre todas aquellas jóvenes había una que llamaba poderosamente la atención de cuantos asistían al salón de baile. Era esta

Gloria Mike, un muchacha de unos veinte años, aun cuando de experiencia pudiera contar diez más, rubia de cabellos de oro, cuerpo esbeltísimo y una boca siempre sonriente que parecía una verdadera tentación.

Eran muchos los que se jactaban de haber poseído aquel cuerpo semidivino, pero en verdad ninguno de sus adoradores había logrado de ella el menor favor, ni con súplicas ni con dádivas de ninguna especie. Su carácter alegre y expansivo inspiraba la creencia de que la posesión de Gloria sería una cosa completamente fácil, pero cuando llegaban a la realidad de los hechos tropezaban con una resistencia moral que jamás hubiera podido pensarse en ella.

En el salón había dos orquestas, una era típicamente cubana y la otra la banda formada por Duke, un muchacho simpático a carta cabal, que había tomado la vida en broma y cuya única ocupación era la de mantener su banda a la altura que había conseguido llegar.

Entre los que componían esta banda estaba el que tocaba el saxofón, un joven de unos veinticinco años, llamado Floyd, sentimental hasta el romanticismo y cuya nobleza de sentimientos le hacían incapaz de dudar de la bondad de ningún semejante.

Desde que entró la banda en el salón, Floyd se había fijado en Gloria, pero no con ese deseo insano de todos los demás, sino con

un verdadero amor capaz de hacer de ella la mujer única de su vida.

Varias veces Duke había intentado persuadir a Floyd de la tontería de amar a una mujer de aquellas que actuaban en el salón, pero el amor es un sentimiento que no atiende a razones y el muchacho iba amando cada día más a Gloria, con la esperanza de que llegaría algún día que conseguiría ser amado por ella.

Y este día llegó finalmente, al darse cuenta Gloria de que aquel hombre la miraba no con la lujuria que había visto en los demás, sino con la sinceridad del hombre que está verdaderamente enamorado.

Para ella, que jamás había conocido un cariño verdadero, la pasión de Floyd fué como una luz que se hiciese en las tinieblas de su vida y acudió a ella con el ansia loca de vivir una pasión verdadera.

Empezaron los paseos y las entrevistas hasta que llegaron a hacerse íntimos amigos. Una de las noches, cuando el salón estaba abarrotado de público, la banda de Duke se hallaba ensayando en una habitación contigua y el director iba amonestando a dos músicos por no estar suficientemente preparados, hasta que uno de ellos exclamó:

—¿Por qué no regaña también a Floyd?... Todavía no ha venido a tocar.

Duke comprendió la verdad de aquella censura y quiso disculpar a su amigo diciendo:

—Floyd estará enfermo cuando no ha venido ya. Es un muchacho serio y nunca falta a su obligación.

—Sin embargo — insistió el otro —, hace unos días que nunca llega a la hora. Alguna culpa de ello debe tenerla Gloria.

Y en efecto, en aquel mismo momento, Gloria y Floyd, ajenos a todo lo que no fuera ellos mismos se hallaban sentados en un banco de un parque público, sintiendo íntimamente aquel sentimiento que los unía y el romanticismo de la noche.

Floyd, pasando su brazo por la cintura de la joven, le dijo amorosamente:

—Gloria, hace mucho tiempo que quería decirte algo muy importante.

—¿De qué se trata?—preguntó ella sonriente.

—No creo necesario decirte que te amo con toda mi alma—siguió diciéndole él cada vez más apasionado— y he pensado que lo mejor que podíamos hacer es aprovechar mis ahorros.

Gloria adivinaba el final de aquella conversación y todo su cuerpo se estremecía de placer y de dicha al pensar que pudiera llegar para ella el día tan feliz que tanto había soñado.

—Con lo que yo tengo ahorrado—volvió a



—No creí que pudiera ofenderte mi proposición.

decirle Floyd—podemos alquilar un departamento para los dos y casarnos...

Gloria, aun cuando esperaba esta confesión, era tan grande la emoción que experimentó al oírle de labios de su amado, que se levantó rápidamente, tratando de ocultar las lágrimas que inundaron su rostro. Floyd, ante aquella actitud se lamentó dolorido diciéndole:

—¡No creí que pudiera ofenderte mi pro-

posición, Gloria?... Yo soy un hombre honrado.

Gloria le tendió los brazos y estrechándolo en ellos fuertemente le dijo:

—No es eso lo que me hace llorar, Floyd; es la alegría que me ha producido tu declaración. Nunca hasta ahora me había propuesto el casarme. Todos los hombres que se fijaron en mí no vieron otra cosa que a la bailarina a quien creyeron posible hacer suya con la misma facilidad con que se compra un objeto que gusta. Tú solamente has sabido comprenderme y darte cuenta de que no soy mala.

—Lo sé, Gloria—respondió él—, y porque lo sé no he dudado en hacerte esta proposición.

—Pero, ¿y Duke?—exclamó la muchacha.—¿Qué dirá Duke cuando lo sepa?

—Duke es bueno y sabrá comprenderlo—respondió Floyd—. El me quiere como si fuera un hermano suyo y por eso se alegrará cuando sepa que voy a conseguir mi felicidad.

En aquel instante sonaron ocho campanadas en un reloj público, próximo a ellos y Gloria, dándose cuenta del tiempo que hacía que estaban allí, le dijo:

—Es tarde, debemos marcharnos.

—Es verdad — replicó él con tristeza—. ¡Ahora que se estaba tan bien aquí!

—Nunca me movería de este sitio—excla-

mó ella—. Esta ha sido para mí la noche más feliz de mi vida.

Volvieron a besarse nuevamente y cogidos del brazo, diciéndose en voz baja otra vez sus amores, emprendieron el camino hacia el salón de baile.

SEGUNDA PARTE

La concurrencia en el baile estaba en todo su apogeo y apenas si podía darse un paso entre las parejas. El dueño del establecimiento, en vista de lo que tardaba la banda en salir a tocar, entró a llamarla y le dijo a Duke:

—Es que no piensa tocar esta noche.

—Desde las siete estamos ensayando—respondió el otro—. No crea que no nos ganamos nuestro sueldo.

—Pues hagan el favor de salir que ya el público empieza a reclamarlos.

—Enseguida vamos para allá — exclamó Duke, indicando a sus músicos que salieran. Mientras estos iban apareciendo en el salón de baile, llegaron Gloria y Floyd. Aquella subió rápidamente a sus habitaciones para

cambiar de ropa, mientras que Duke le decía a su amigo:

—¿Sabes la hora que es?

—Sí, las ocho y media—respondió Floyd.

—Pues piensa que el ensayo era a las siete... Me parece que este asunto de Gloria te trae de cabeza.

—Ahora iba a decírtelo—exclamó Floyd—. Gloria y yo nos amamos.

—Eso ya lo sabía—exclamó Floyd—, pero ya hablaremos de ello.

Aprovechó el momento en que Floyd se preparaba para salir al salón y fué en busca de Gloria a quien le dijo:

—Gloria, es preciso que hablemos tú y yo. Deja en paz a Floyd y sigue tu camino sin entrometerte en su vida.

—¿Por qué me dices eso?—preguntó la muchacha.

—Porque Floyd es un buen muchacho y no debes jugar con él.

—¡Yo amo a Floyd, tanto como él me amo a mí! — exclamó la joven, defendiendo su amor.

Duke se echó a reír y le respondió burlonamente:

—Eso mismo se lo habrás dicho a muchos. Aun me acuerdo que hubo un tiempo en que creí que estabas enamorada de...

Se detuvo sin atreverse a pronunciar la pa-

labra decisiva y ella terminó la frase diciéndole:

—Puedes decirlo, que no te equivocas. Es verdad, hubo un tiempo en que yo también me creí que estaba enamorada de ti, pero me convencí de que no podía amarte. En cuanto vi a Floyd él fué quien me inspiró el verdadero amor.

—Sí, ya lo sé—respondió irónicamente Duke—. En cuanto lo viste te enamoraste de él, pero mañana puedes ver a otro y sentir otro amor tan rápido como el que te ha inspirado Floyd. Sigue mi consejo y déjalo en paz.

—Es inútil—respondió ella—. Ni yo le dejaré, ni él podrá dejarme tampoco. Hemos nacido para querernos y será inútil que te opongas a nuestros sentimientos.

Duke, en vista de que la joven no cedía, esperó a mejor ocasión y fué donde estaba aguardándole su orquesta, al mismo tiempo que ella se dirigía a la pista de baile.

Pronto encontró Gloria pareja y se puso a bailar, preguntándole una de sus compañeras, una tal Fanny, que bailaba en aquel momento con un marino:

—¿Cómo has tardado tanto, Gloria?

—He tenido algo que hacer, Fanny, pero ya veo que los parroquianos están bien servidos.

El marino, que era capitán de un pequeño buque mercante, sonrió como indicando que

se hallaba muy a gusto con su pareja y cuando terminó la pieza invitó a Fanny a tomar un refresco en una de sus mesas.

Mientras estaban bebiendo apareció un hombre llevando en una caja varias joyas y Fanny señaló para él diciéndole a su compañero:

—¿Quieres que llamé a ese hombre?

—¿Piensas convidarlo tú?—preguntó el marino—, porque te advierto que a mí los hombres no me gustan.

—No es eso—volvió a decirle zalamera la muchacha—. Ese hombre es un joyero de aquí al lado. Su establecimiento comunica con éste y viene para ofrecer su mercancía.

El joyero, al ver tan acaramelados al marino y a Fanny se acercó a ellos pensando que podría hacer algún negocio y les enseñó varias pulseras y sortijas, sin más resultado que el que el marino le dijese:

—Le advierto, buen hombre, que está perdiendo el tiempo. Aquí no se le va a comprar con que si tiene otros clientes vaya a verlos.

El joyero, en vista de que allí nada tenía que hacer, volvió a marcharse hacia otras mesas, al mismo tiempo que entraba un nuevo individuo al salón, a quien el dueño acogió con muestras de gran alegría diciéndole:

—¡Cuánto tiempo sin venir por aquí, Luis!

—He estado una temporada fuera para resolver ciertos asuntos, pero en cuanto he re-

gresado lo primero que he hecho es venir aquí.

El dueño le dió una cariñosa palmada en la espalda diciéndole a continuación:

—Ya sabes que aquí siempre se te quiere y se te recibe con alegría.

—Gracias, Harry—respondió Luis, sin darle importancia a aquellas muestras de alegría del propietario.

Se dirigió hacia una de las jóvenes que estaban esperando a algún cliente que las sacara a bailar y le dijo:

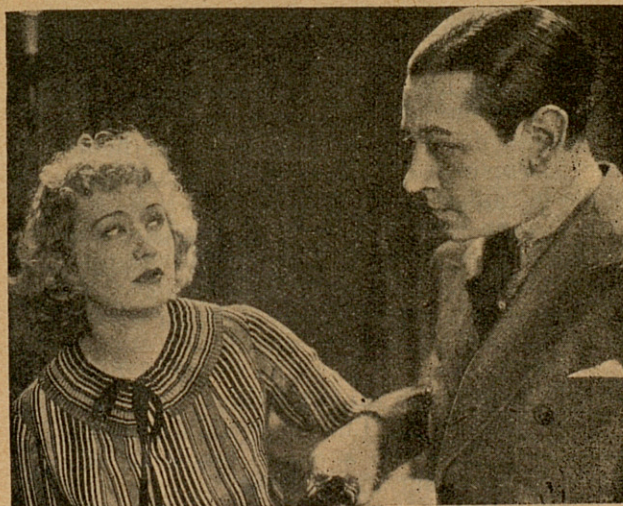
—¿Quieres bailar conmigo, preciosa?

—¡Ya lo creo!—exclamó la joven, dejándose llevar por Luis al centro del salón, donde inmediatamente se pusieron a bailar.

Era este individuo, uno de esos tipos tan corrientes en aquella clase de establecimientos, uno de esos sujetos que gastan el dinero espléndidamente, sin que nadie sepa de dónde proviene, pero que se hacen valer por su jactancia y por su prodigalidad.

Muchas de la muchachas que allí había le conocían ya y todas deseaban bailar con él sabiendo que al final la propina era espléndida. Sin embargo, Luis no hacía más que mirar por entre las parejas buscando a Gloria, que era la única muchacha que le interesaba y a quien no había podido conseguir nunca.

De pronto la vió bailar con un descono-



— ¡Quiero que cantes para mí!

cido y sin pedirle permiso siquiera se apoderó de ella. Su compañero intentó resistirse a dejarla, pero Gloria quiso evitar un disgusto y le dijo:

—Perdone usted, pero tengo que bailar con él. No le cobraré ningún tiket por este baile. Se pusieron a bailar y Luis le dijo:

—Oye, quiero que cantes para mí el "Star Blue".

—Hoy no puedo cantar, Luis—respondió

ella—. Ya cantaré otra noche.

—¿Y por qué no hoy?—insistió él.

—Porque no tengo ganas—respondió la joven, temiendo de que su novio pudiera darse cuenta de la persecución de aquel hombre—. Supongo que vendrás mañana y mañana lo cantaré.

—No, no—exclamó Luis—, quiero que sea esta noche. Se lo diré a Harry y él hará que la orquesta lo toque.

Y en cuanto terminó el baile dejó a Gloria y fué en busca del dueño diciéndole:

—Harry, dile a Duke que toque el Star Blue”, para que lo cante Gloria.

—Ahora mismo, Luis—respondió el propietario, marchando a donde estaba la orquesta y diciéndole a su director.

—Oye, Duke, aquí está Luis y quiere que toques el “Star Blue”.

—Está bien—respondió Duke—, cuando terminemos este número lo tocaremos.

Mientras tanto, Luis iba nuevamente en busca de Gloria, pero en el trayecto se tropezó con la vendedora de cigarrillos a quien le dijo:

—¿Todavía estás por aquí, Norma?

—Sí—respondió la muchacha mirándole agresivamente—, y quiero que dejes tranquilo a mi hermano.

—Descuida, que no me hace falta ninguna—respondió Luis—. Tú y tu hermano sois

una pareja de tontos que no me hacéis falta para nada.

Y sin detenerse más con ella, fué a donde estaba Gloria, para decirle:

—Ahora tocarán el “Star Blue” y tú cantarás. Ya se lo he dicho a Harry.

Y Gloria, en vista de que no tenía más remedio que hacer lo que aquel hombre se le antojaba, en cuanto la orquesta empezó a tocar el “Star Blue”, se puso a cantarlo.

TERCERA PARTE

Mientras ella cantaba, Luis vio a Diky, el hermano de Norma y le dijo:

—Hola, muchacho... ¿creí que no te encontraría aquí?

—Mi hermana me ha dicho que estabas aquí y he venido a buscarte—respondió el otro.

—¿Qué te ocurre?—preguntó autoritario Luis.

—Estoy sin un centavo—siguió diciéndole Diky—; quiero que me des algún dinero prestado.

—¿Prestado? — preguntó riendo Luis—. ¿Y cuándo piensas pagármelo?

—Mañana mismo—exclamó Diky—; tengo un “asunto” y en cuanto lo resuelva te lo pagaré.

Luis al oírle decir que tenía un “asunto” le prestó más atención y le dijo, entregándole unos cuantos dólares:

—Toma y espérame un rato. Tenemos que hablar.

Diky recogió los billetes que le daba su antiguo amigo y se fué del salón para esperar el momento de poder hablar con él.

Aquella misma noche, cuando terminó el baile quedaron solos en el salón Gloria y Floyd, a quien ésta le dijo:

—¿Le has dicho a Duke que pensamos casarnos?

—No, todavía no se lo he dicho, pero pienso comunicárselo hoy mismo.

—Pues mientras tú vas a decírselo, yo iré a cambiarme de ropa.

—¿Vendrás luego a tomar un refresco conmigo?—preguntó amorosamente Floyd.

—Iré luego donde tú quieras—respondió ella.

Floyd se fué directamente en busca de su amigo y le dijo:

—Oye, Duke, esta noche se me olvidó decirte una cosa.

—¿El qué?—preguntó Duke sin poder adivinar lo que quería decirle su amigo.

—Pues se trata de que Gloria y yo pensamos casarnos.

Aquella noticia causó en Duke la consiguiente extrañeza, pero al mismo tiempo pensó que si quería librar a su amigo de lo que él pensaba que sería su ruina, tenía que valerse de toda su astucia para conseguirlo. Por lo mismo en vez de oponerse a ello, le respondió:

—Si tú la quieres y crees que con ella vas a ser feliz, haces bien en casarte.

—¿Lo apruebas? — preguntó alegremente Floyd.

—Ya lo creo que sí—exclamó Duke, fingiendo admirablemente.

—Entonces esta noche contestaré a Bacord que no acepto su empleo en Chicago.

—¿Te había propuesto algún empleo?—preguntó Duke, que no sabía nada de aquello.

—Sí, le hablé, para el caso de que tú te opusieras a que me casara con Gloria, pero le dije que hasta esta noche no le daría la contestación.

En aquel momento Harry llamó a Duke para abonarle el importe de toda la banda y Duke fué hacia el mostrador diciéndole en cuanto hubo cobrado:

—Es preciso que me haga un favor.

—¿Cuánto?—preguntó el dueño creyendo que se trataba de algún anticipo.

—No es cuestión de dinero, sino que entre luego a nuestra habitación y delante de toda la banda se muestre disgustado por la tar-danza de Floyd. Yo le contestaré airadamen-te y usted me dirá que si Floyd continúa en la banda, podemos darnos por despedidos. Quiero alejarlo de Gloria.

—Está bien—respondió sonriendo el due-ño—. Vaya para allá, que no tardaré yo en ir.

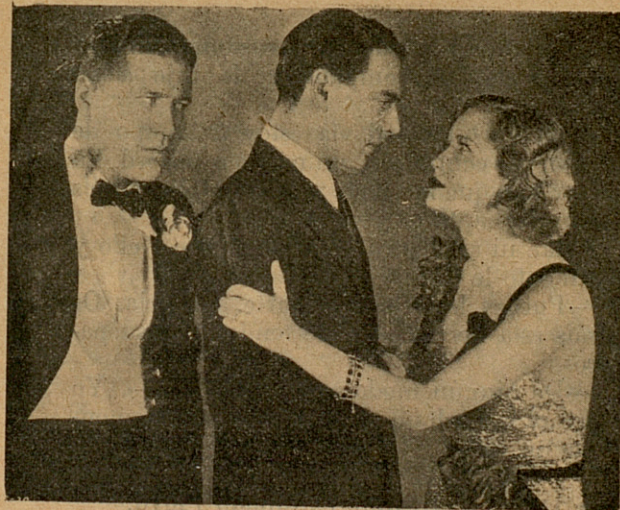
Duke volvió otra vez donde estaban sus compañeros y a donde ya había llegado Glo-ria en busca de Floyd.

Apenas entró, apareció Harry diciéndole:

—Oiga, Duke, se me ha olvidado decirle una cosa. Esta noche ha vuelto otra vez a lle-gar tarde Floyd y yo no estoy dispuesto a consentir que un músico que yo pague no trabaje.

—En mi banda no es usted nadie para dar órdenes—respondió Duke—. Si Floyd ha lle-gado tarde, yo soy el único que debo reprenderle.

—¿Acaso se olvida usted de que el que paga aquí soy yo?—exclamó Harry—. Pues por si acaso lo ha olvidado, voy a decirle una cosa. Si este individuo continúa en la banda pueden darse por despedidos todos. Mañana buscaré otra y en paz. No consentiré que con-



- Es mejor que te vayas tu solo.

tinúe ni una noche más en mi estableci-miento.

Gloria miraba a uno y otro hombre e inte-riormente iba naciendo en ella la sospecha de que todo aquello era una pura comedia. No obstante, no quiso decirle nada a su novio y guardó silencio, mientras que el dueño del salón volvía a marcharse después de haberle dado el ultimátum a Duke.

Este se quedó cabizbajo y Floyd, compren-

diendo que él no debería ocasionar ningún perjuicio a sus compañeros, le dijo a su amigo:

—Oye, Duke, todavía estoy a tiempo de aceptar ese contrato de un mes con Bacord. Lo mejor será que lo acepte y así vosotros podréis continuar aquí.

Duke ni siquiera intentó oponerse a ello y solamente le dijo:

—Puedes hacerlo y llevarte a Gloria. Os casáis esta noche y así no tendréis que separaros.

—De ningún modo—respondió ella—. Yo esperaré la vuelta de Floyd. Se trata solamente de un mes.

—¿Y por qué no hemos de hacer lo que dice Duke?—preguntó extrañado Floyd.

Gloria, que estaba segura que el pensamiento de Duke era ponerla a prueba durante aquel tiempo, insistió en su negativa diciéndole:

—Porque es mejor que vayas tú solo. Así podrás ahorrar antes el dinero que necesitamos para instalar nuestro piso.

Por fin terminó accediendo Floyd a lo que le proponían y momentos después salía del salón de baile en compañía de Gloria para pasar con ella su última noche, ya que al día siguiente tendría que marcharse a Chicago.

Al otro día, Duke empezó a poner en práctica el plan que había ideado y que consistía

en hacerle él mismo el amor a Gloria, pensando que no le sería difícil conseguir lo que suponía ya habían conseguido otros.

Por la noche cuando estaban en el salón, Luis pidió nuevamente que tocaran su pieza favorita y Gloria se vió obligada nuevamente también a cantarla. Cuando terminó se pusieron a bailar y Luis le dijo:

—Oye, Gloria, cuando termine el baile te vendrás conmigo a cenar.

—Imposible—respondió ella—. Yo no puedo salir con ningún hombre.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Luis—. ¿Hay alguien que lo impida?

—Sí—respondió ella—. Yo amo a otro y estoy comprometida con él para casarme.

Luis se echó a reír cínicamente diciéndole:

—¿Y quién es el tonto que ha picado?... Se necesita ser demasiado necio.

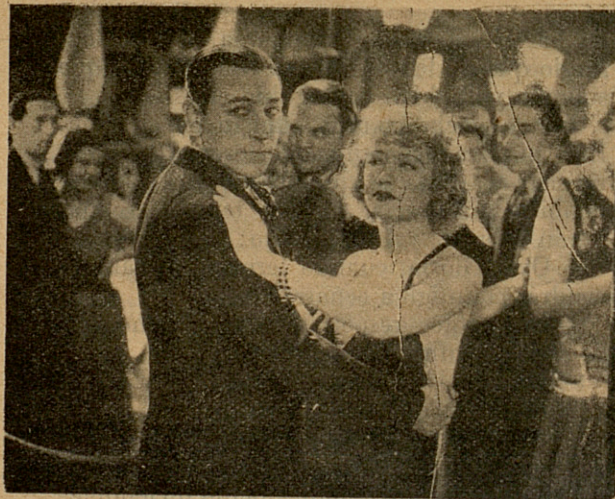
—Lo único que se necesita—respondió ella, —es demasiado hombre y caballero. Así es que déjame en paz y búscate a otra.

Antes de que Luis pudiera responderle, advirtió que el hermano de la vendedora de cigarrillos le hacía una seña y fué a su encuentro, diciéndole:

—¿Qué pasa?

—Ha llegado el momento de dar el golpe—respondió el muchacho.

—¿Crees tú que merece la pena?—preguntó Luis.



—Ya te he dicho que amo a otro hombre.

—Ya lo creo—exclamó el muchacho.

—Pues vamos para allá—le dijo Luis, haciéndole ir delante.

Se acercaron discretamente a la puerta que comunicaba con la joyería y sin que nadie se diera cuenta entraron dentro del establecimiento.

Duke aprovechó el momento en que la joven se vió libre de Luis para llamarla donde estaba la orquesta y decirle:

—Oye, esta noche doy una fiesta en mi casa... ¿quieres venir a ella?

—Si que iré—respondió Gloria—. Tú eres amigo de Floyd y él no se disgustará.

—Claro que no—exclamó Duke—. Además, Floyd no se enterará de nada.

En aquel momento volvieron a salir de la tienda de joyería Luis y el hermano de la vendedora de fósforos. Este, muy asustado, le dijo a Luis:

—¿Por qué has disparado?

—No había más remedio—respondió tranquilamente Luis—. No ves que nos había conocido. Ahora ya no podrá hablar. Además, todos nos han visto aquí y nadie sospechará de nosotros.

Fué otra vez donde estaba Gloria y de nuevo se puso a bailar con ella diciéndole:

—Gloria, quiero que esta noche vengas conmigo.

—Ya te he dicho que no puede ser—respondió Gloria—. Me ha invitado Duke a una fiesta que da en su casa y le he prometido ir.

Poco después terminó el baile y Gloria, acompañada de Duke, se fué a casa de éste, donde ya estaban otros invitados.

Bebieron alegremente, y después de varias horas, Gloria le dijo:

—Duke, debo marcharme ya. Es tarde y no quiero faltar de casa.

—¿Quieres que te acompañe?

—Como quieras—respondió la joven, que durante toda la velada había advertido las intenciones de Duke.

Seguidamente salió con la muchacha y al llegar a su casa ella le dijo:

—Bueno, hasta mañana, que descanses, Duke.

—¿No me dejas subir?—le preguntó él.

—¿Para qué? — preguntó coquetamente Gloria, decidida a realizar el plan que se había propuesto.

Duke la miró sonriente y le dijo, con cierta intención que no pasó desapercibida para Gloria.

—Pues... para hablar un rato...

Gloria no opuso ninguna resistencia al deseo del joven músico y se dejó acompañar hasta el interior de su piso. Una vez dentro fué ella la que abordó la conversación diciéndole:

—¿Qué es lo que me querías decir?

—Pues sencillamente, de que no seas tonta y olvides a Floyd.

—¿Y eres tú precisamente quien me lo aconsejas? — preguntó ella fingiendo extrañeza.

—Claro que soy yo, porque yo soy también el que más te ama entre todos los admiradores que has tenido.

Gloria sonrió coquetamente, queriendo llevar hasta el final lo que se había propuesto y le respondió:

—¿Cómo no se te ha ocurrido decírmelo hasta ahora, cuando ya no hay remedio?

—¿Por qué no ha de haber remedio?—preguntó él—. ¿Temes que se entere Floyd?

—Claro—exclamó ella—. Puede habernos visto alguien entrar.

Duke, creyendo que su plan iba a realizarse se acercó a ella e intentó abrazarla diciéndole:

—Gloria, tú siempre has demostrado cierta preferencia por mí... Esta noche puede ser para nosotros inolvidable.

—También lo creo yo—respondió la muchacha burlonamente.

Cuando Duke, creyéndose amo de la situación fué a besarla, Gloria lo rechazó bruscamente diciéndole:

—¡Esto es lo que yo esperaba!... ¿Creías acaso que podrías abusar de mí?

El la miró extrañado de aquel cambio tan brusco y le preguntó:

—¿Qué te pasa ahora?...

—Sencillamente, lo que tiene que pasar a toda muchacha decente que ve a un hombre que no sabe respetarla. ¿Te has creído que yo soy como muchas que admiten al primero que se les acercan o que le ofrecen algo? Yo amo a Floyd sobre todas las cosas y si no me hubiera considerado digna de su amor, no le habría admitido su promesa de matrimonio.

¡Vete ahora mismo, si no quieres que llame a los vecinos y te haga pasar por un ladrón!

Ante aquella actitud tan digna, Duke cambió de parecer y comprendiendo que aquella muchacha no era lo que él se había figurado, salió óde la casa, mientras que Gloria, al quedar sola, escribía a Floyd la carta que diariamente le enviaba dándole cuenta de toda su vida.

CUARTA PARTE

Fué pasando el tiempo y la policía empezó a investigar quien pudiera ser el asesino del joyero a quien se había encontrado muerto en su tienda de un balazo. Los indicios empezaron a hacer recaer sospechas sobre Luis, pero éste, ajeno al cerco que le iban haciendo los policías, se entregaba a su vida alegre sin preocuparse de otra cosa que de hacerle el amor a Gloria.

Esta seguía rechazándole con igual fuerza que siempre, aun cuando Luis le había propuesto que se casara con él.

Una noche al entrar Gloria en el salón de baile, una muchacha le dijo:

—Oye, Gloria, tienes un telegrama. Me parece que es de Floyd.

La joven fué a buscarlo inmediatamente y, en efecto, pudo comprobar que era de su novio que le anunciaba su pronto arribo a la ciudad.

Aquella noticia la hizo olvidar todo lo que había pasado entre ella y Duke y corrió a comunicarle la llegada de Floyd, diciéndole:

—Oye, Duke, Floyd llegará mañana... ¿Quieres venir conmigo a esperarle?

Duke, sorprendido por aquella nueva amistad que le ofrecía Gloria, le respondió:

—Claro que iré... Tengo que decirle muchas cosas.

No pudieron hablar más, porque Luis se acercó a Gloria invitándola a bailar de nuevo y diciéndole:

—Gloria, tengo que irme de la ciudad y quiero que pienses bien lo que te digo. Yo estoy dispuesto a casarme contigo y a que dejes este salón. Nos iremos lejos de aquí y seremos felices.

—Eso no puede ser—le respondió Gloria—. Es inútil que te empeñes. Ya te he dicho que yo amo a otro hombre y no lo dejaría por nada del mundo.

—Está bien—terminó diciéndole Luis—. Yo te aguardaré hasta que termine el baile.

Si para entonces has cambiado de pensamiento ven a buscarme.

Gloria se separó de él y fué a buscar otra vez a Duke. Este se había ido a su habitación y al ver que llegaba Gloria le dijo:

—¿Cómo es que te atreves a venir aquí?

Ella sonrió y le dijo cariñosamente, demostrándole que quería volver a ser su amiga:

—Ahora es diferente. Comprendo que fui demasiado severa contigo, pero no quiero estar disgustada con el más amigo de Floyd.

Y en aquel momento de alegría, ingenuamente, sin poner en su acción el menor interés, abrazó a Duke, en el preciso momento que abría la puerta y aparecía en el dintel Floyd, que había adelantado su viaje.

Al ver a los dos abrazados no pudo contener sus celos y exclamó:

—¡Ahora comprendo por qué te negabas a venir conmigo y por qué no querías que me casara con ella!

Volvió a cerrar la puerta y antes de que los dos jóvenes pudieran darle ninguna explicación, se fué hacia el salón de baile, pensando en que entre aquellas mujeres encontraría la que podría llenar el vacío que en él había dejado la deslealtad de Gloria.

Al mismo momento, la policía entraba buscando a Luis y éste al darse cuenta del peligro que corría corrió a esconderse, haciéndolo

casualmente en el cuarto de Duke, que había quedado solo.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Duke.

Luis, por toda contestación, sacó una pistola y encañonando con ella a Duke le dijo:

—Me perseguía la policía y si me descubres eres hombre muerto.

Apenas había acabado de decir esto cuando llamaron a la puerta y Luis le dijo:

—¡Contesta, pero sin abrir!

—¿Quién va? — exclamó desde dentro Duke.

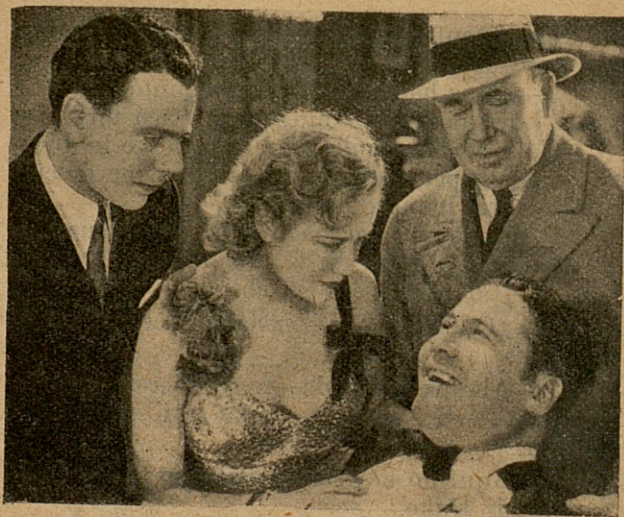
—Abran enseguida—respondieron los policías—. Sabemos que está aquí encerrado Luis.

—Aquí no hay nadie más que yo—volvió a decir Duke.

Entonces éste oyó decir a Floyd:

—Estará con Gloria, con su amante, y no abrirá por eso.

—Duke, ante aquella acusación que se hacía a la inocente muchacha y pensando en el dolor que causaba a su amigo el que siguiera creyendo en su deslealtad, sin pensar en Luis corrió a abrir la puerta, al mismo instante que sonaba un disparo y caía al suelo mortalmente herido. Luis había cumplido su amenaza, creyendo poder evadirse, mas lo único que consiguió fué que la policía echara abajo la puerta y consiguiera detenerlo.



—Estabas equivocado.

Floyd al ver a su amigo moribundo, olvidó todo y corrió a prestarle auxilio, al mismo tiempo que llegaba Gloria.

Duke hizo que su amigo se acercara y le dijo:

—Floyd, estabas equivocando al pensar mal de nosotros. Yo te juro... que... Gloria es digna de ti... Nada tienes que reprocharla... Casate con ella y hazla todo lo feliz que se merece.

—Sí, te creo—respondió Floyd, convencido de que en aquel instante su amigo era incapaz de mentir—. Nos casaremos y tú estarás siempre con nosotros.

—Yo no podré —respondió penosamente Duke—, no podré... porque me queda muy poco de vida...

Y mientras que se llevaban a Duke para instalarlo en una clínica, Gloria y Floyd, estrechamente unidos, se sintieron más juntos que siempre al ver que su amor había resistido todas las pruebas a que había sido sometido.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Pida hoy mismo el nuevo

CATÁLOGO ILUSTRADO

que acaba de aparecer y que reproduce las artísticas portadas de los títulos que con éxito inmenso ha publicado esta Editorial

PRONTO

CENTENARIO

DE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LO INESPERADO - SORPRENDENTE

En Prensa: **CATÁLOGO GENERAL**

DE

EDITORIAL "ALAS" Ap. Correos 707
BARCELONA

Selección de Films de Amor



La novela
predilecta
de las bellas

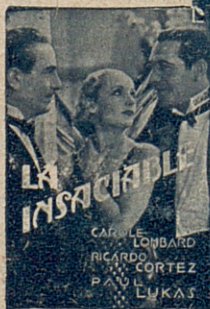
PRECIO
50 céntimos
≡ tomo ≡



MANAVILLOSA
ESTUPENDA



SELECTA
EMOCIONANTE



Remite el importe
en sellos de correo
y cinco céntimos
para el envío.
Franqueo gratis



PRECIOS A EDITORIAL "ALBA" - Apartado 707 - Barcelona